



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XL Zaragoza, 1 Junio 1938. - II Año Triunfal Núm. 918

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de EL ECO DE LA CRUZ: General Franco, 1, Almacenes del Portillo.

Saludo a Franco «Arriba España»

Es el más santo de los sabios el que canta.

Por eso no es sólo la enseñanza del primer doctor de la Iglesia; es una oración llena de unción.

La Iglesia ha consagrado esas palabras para expresar nuestro saludo cuando aparece Jesús a la adoración pública.

El alma siente la emoción sagrada de lo divino.

Recuerda en el momento toda la redención, toda la generosidad de María, toda la grandeza del Padre.

Son expresión delicada de amor filial, reverencia y alegría de las glorias divinas.

Y la explosión de todos sentimientos la inicia del modo más bello y clamoroso:

¡Canta, lengua!

¡Canta, canta...!

¡Canta...! llena de gratitud a tu Señor y Redentor.

Es *Este* que tienes en la Hostia.

¡Canta, canta...!

Es el que se hizo hombre, nació en Belén, vivió haciendo el bien, enseñó el camino del cielo y se dejó matar para salvarte.

¡Canta, lengua...!

Es el que quiso perpetuar el sacrificio de la Cruz y quedarse aquí con nosotros para ser nuestra Hostia, es decir, nuestra Víctima perpetua, "siempre viviendo para interceder por nosotros", como enseña S. Pablo; nuestro Pan sobresustancial, nuestro Sacramento; la prenda segura de vida eterna...

Santo Tomás no puede contener su entusiasmo y deja que se desborde

en esos versos sublimes del oficio divino y en la secuencia de la misa.

Con la majestad como corresponde al Rey del Cielo, suavidad y delicadeza de lo más exquisito del alma.

Canta, lengua, llena de fe, porque es el misterio de la fe. Los sentidos nada perciben; la inteligencia nada ve, pero la fe me descubre a Jesús.

¡Póstrate lleno de fe, lleno de amor, lleno de veneración ante Jesús!

Bien lo merece.

Lo ha merecido siempre

Hoy más que nunca.

¡Cuántos siglos de amor, de perdón, de redención, de salvación, de paciencia inagotable y divina! ¡Cuántos millones de almas llevadas al cielo!

¡Cuántos milagros, para alumbrar las almas, cuántos santos y sabios sembrados y esparcidos por el mundo, cuántos años de Iglesia siempre firme, elevada como el faro del mundo para guía de los hombres!

Hoy más que nunca, merece nuestra gratitud, nuestro cariño más profundo y más efusivo.

Porque jamás ha sido Jesús ultrajado como hoy. Se le ha perseguido como al ser más abominable, como a un maldito de la humanidad, quemando sus iglesias, destrozando bárbaramente sus imágenes, matándolo de nuevo en cuanto les ha sido posible, para acabar con El y raer de la tierra y del recuerdo hasta el más leve vestigio...

Y hoy también, es aclamada esa Hostia Santa por corazones que no pudo abatir ni la persecución, ni el

¡Pange lingua...!

¡Canta, lengua...!, dice Santo Tomás en el himno precioso del gran día del Corpus. "Canta el misterio del Cuerpo y Sangre preciosos, fruto de un vientre generoso que derramó el Rey de las naciones como premio del mundo".

¿Puede decirse más en tan pocas palabras?

¿Cabe mayor precisión?

Es el más sabio de los santos el que habla.

Por eso vemos ese pensamiento profundo y denso; claridades fascinadoras, esa precisión asombrosa y esa seguridad de doctrina, expresión fiel de la revelación divina.

destierro, ni el despojo, ni la cárcel ni el martirio.

¡Y se celebra la santa Misa en las prisiones de las checas! y se comulga en la zona roja, con fervor renovado y alegría sobrehumana.

Y el primer acto en los pueblos liberados es la santa Misa en la plaza

profanada, en medio de las ruinas, aclamando la muchedumbre a Jesús, su Salvador, con gritos de entusiasmo y de locura.

Vuelve Jesús a pasear por las calles como Soberano y vuelve a estar en los templos como en su trono y da vida a las leyes y vuelven todos

a mirarle con anhelo jubiloso incontentido y a gozar del regalo de su presencia y de su compañía y de su amor y de su aliento y de su vida...

¡Canta, lengua, canta...!

TOMÁS

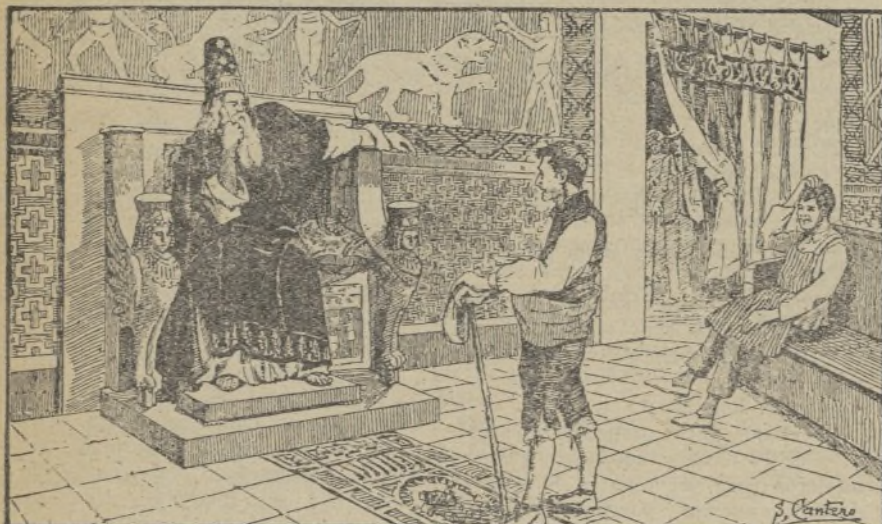
EL CORAZON DE JESUS

Escúchame, hijo querido;
acércate, nada temas;
reclina sobre mi pecho
tu fatigada cabeza.
Quiero hablar contigo a solas,
me vas a decir tus penas;
hablaremos en familia,
estamos solos, no temas.
Verás, verás cómo pasan
estas horas placenteras.
¡Qué largos me son los días
en que te vas y me dejas!
¡Qué placer siento, hijo mío,
cuando te tengo aquí cerca,
tu pecho junto a mi pecho,
tu diestra junto a mi diestra,
y así, caída en mis hombros
tu fatigada cabeza!
No quisiera hacerte daño
con mis palabras, mas piensa
que son hijas del amor
y curan aunque te hieran.
¿Será cierto que de Mí
en público te avergüenzas,
y que por verme tan solo
y tan pobre me desprecias?
Atiende, atiende, hijo mío;
ordena bien tu cabeza
y contéstame: ¿por quién
me veo de esta manera?
¿Quién me ha arrojado al desierto
desde la mansión eterna
sino el amor que te tuve
aun antes que la luz vieras?
Si te hubiera amado menos,

si indiferente me fueras,
ni yo me viera tan solo,
ni apurara tantas penas.
¿Qué me podrías dar tú
que Yo antes no lo tuviera?
Explotar tu corazón
¿no es explotar la miseria?
¿Tanto te ofende mi amor?
¿Quieres ya que no te quiera?
Pues eso no puede ser
porque aunque tú no quisieras
no sabría aborrecerte;
Yo te amaré aunque te ofenda,
te perseguiré aunque huyas,
te llamaré, aunque no atiendas,
de día a la luz del sol;
de noche, entre las tinieblas;
por los escarpados montes,
entre la espesa maleza
te buscaré fatigado
como el pastor a la oveja.
Aunque vayas a ocultarte
en el centro de la tierra
allí bajará mi amor,
allí estaré Yo a la puerta
de tu corazón, llorando
y agotando tu paciencia.
¿Soy pobre? Sí; pero ha sido
para que tú no lo fueras;
si no, dime: ¿de quién son
la luna, el sol, las estrellas,
cuanto respira en el aire
cuanto se mueve en la tierra?
¿Es tuyo, acaso, todo eso?
¿Es tuyo el valle, la sierra

y el aliento que respiras,
y la sangre de tus venas,
y el fuego de los volcanes,
y el rayo de las tormentas?
¿A quién crees que saludan
con sus flores las praderas
con sus bramidos los mares,
con sus rugidos las fieras
y el simoun del desierto
alzando montes de arena?
Eres muy pobre, hijo mío;
vives de limosna, y piensa
que es tu único patrimonio
el amor que te profesa
este Corazón, que hoy es
almohada de tu cabeza.
Sólo una cosa en ti es grande,
una sola: tu soberbia.
¿Lloras? No importa, no importa;
por ahí a vivir se empieza;
si hay muchos que morir saben,
no hay muchos que llorar sepan.
Llora y descansa, hijo mío;
acércate más y deja
reclinár sobre mi pecho
tu fatigada cabeza;
me vas a hablar en familia;
estamos solos, no temas.
Verás, verás cómo pasan
estas horas placenteras;
tu pecho junto a mi pecho,
tu diestra unida a mi diestra,
que no hallarás en el mundo,
quien más ni aun tanto te quiera.

J. Buj



TRIBUNAL BARATO

—¡Macario! ¡Macario...!
—¡Señor...!

—¡Entra!
—¿Qué manda usted?

—Ya sabes que te tengo dicho que no quiero alborotos en esta Casa. Todo ha de ser paz y se ha de hablar con la moderación propia de la caridad cristiana. Te lo tengo dicho otras veces y veo que no te corriges. ¿A qué esos gritos?

—Es verdad, tiene usted razón, to me se va en gritar.

—¡Gracias a Dios que te veo humilde! Es la primera disposición para conseguir el perdón de Dios y para enmendarnos; reconocer nuestras faltas.

—Sí señor; lo comprendo que me se va to por la lengua...

—Y es una lástima. Si supieras sujetar la lengua... ¡cuánto valdrías!

—Lo que les pasa a muchos, que no hacen mas qui hablar y así no les hacen caso.

—No te entiendo.

—Que lo qui hace falta es hablar menos, qu'himos habiau masiau. No hay más que valiente garrotazo al que no ande drecho; y tol mundo

más drecho qui una vela. Y como uno va por ahí y ve lo que pasa está uno desengañau y m'hi traído un garrote de esos con ñudos gordos, que me lo dió el chico e la tía Petra la Garrosa, qu'es del Tercio y hay que velo, y lo tengo siempre a mano.

—En mi Casa, en este Tribunal, no consiento esas maneras de tratar a la gente. Tú te acaloras en seguida y has de ser más moderado.

—¡No señor, no! Que no l'hi pegau.

—Ya no faltaba más.

—M'hi acordau de lo qui usted me dice y hi querido convencela con güenos modos, pa convencela po las güenas, pero ¡al ultimo...!

—¿Pero qué ha pasado?

—Pues qui ha venido una mujera cha roja, y yo la hi calau de seguida.

—¿Y en qué la has conocido? ¿qué te ha dicho?

—Sin abrir el pico.

—No te entiendo.

—Pues no más vela. Iba hecha una endecente, sin mangas, toda escotada y las sayas pretas como los morcales de la longaniza que cuasi no podía andar.

—¡Bendito sea Dios! ¡qué locura!

—Y yo l'hi dicho en güena forma por respeto a usted, que así no iba denguna persona decente, que tuviá una miaja de conocimiento y de decencia; que aquí semos decentes y que, dende que s'han ido los rojos de su pueblo qué tenía qu'ir como cristiana y confesase de to los pecaus y crímenes qui ha hecho...

—¡Pero hombre, por Dios!

—Y me s'ha puesto como una furia que m'hubiá arrañau y todo. Hi sacau el garrote y ha echau escaleras abajo, ¡cómo corría!, no era presona eso. L'hi tirau el palo y m'hi santi guau. No la hi visto más.

—¡Pero hombre...!

—Miusté lo qu'hi conseguido con lagoterías ¿A que no güelve más?

—Tienes razón...

—Lo ve usted como al ultimo cai usted el burro?

—Tienes razón en parte. Es bien triste que no baste enseñar la verdad cristiana para que la sigan. En este punto de las modas quizás es en lo que menos se atiende a la Iglesia. Las mujeres cristianas se avergüenzan de parecerlo y no se avergüenzan de ir como las personas mundanas y sin pudor. Esa virtud tan delicada y exquisita tan propia del cristianismo es de la mayor estima de las almas escogidas; pero muchas, aun buenas, se dejan arrastrar por una estúpida preocupación de la moda, que no es el arte, ni la comodidad, ni el buen gusto, ni la belleza; pero que aunque lo fuera, debe rechazar airada una mujer cristiana cuando no se ajusta a la moral enseñada por la Iglesia. Es incomprensible que un papel anónimo, una revista, un modisto de París, sin cátedra, sin armas, maneje como muñecos a todas las mujeres y

les obligue a vestir como le ocurre a ir ridículas e indecentes...

Y de eso se aprovecha el enemigo de Dios para sembrar la sensualidad y la laceria; para desligar a los cristianos de sus legítimos guías, no haciendo caso de ellos.

—¿S'alcuerda usted lo qu'icia de la blasfemia, que no hacian caso y yo le dije a usted cómo si acabaría ascape? Pues lo mismo es esto. Garrotazo que pinte quince y si acabó!

—Eres muy extremado. Eso no se puede hacer.

—Pues vaya usted con sermones. A más que a la que la arrease un estacazo de los güenos con un ñudo, no habría que dale muchos qu'escarmen-taria.

—Pero eso no se puede hacer, aunque se merecen un castigo duro.

—Pues si se lo merecen hay que daselo.

Por eso la gente no escamienta. A los burros ya les pué usted hacer toa clase de rifliones; como si no. Les arrea usted un varazo y van más pitos qui un huso; y a los críos igual, no valen rifliones que tampoco las entienden; les arrea su padre un puñetazo y ascape obedecen. Pues lo mismo es con los mayores. ¿Por qué ha venido este mal? Porque no han castigau a los granujas, embusteros y criminales. Si cuando la revolución de Asturias hubián cogido a to los criminales—que nos paecía mentira qu'en España hubián hombres tan malos—y los hubián afusilau no hubiá pasau nada; to sería una balsa de azaite. No hay más que ver lo que pasó cuando Primo de Rivera, que era un hombre güeno y tieso porque sí. Entonces, mandó matar a unos cuantos criminales, y como vieron qui aquello iba de veras, s'escaparon to los malos y to los pistoleros y nos dejaron en paz. Pero en Asturias vieron que no les castigaban y se subieron a las barbas y se hicieron los amos.

—Tienes estas cosas. A veces discurre con claridad; te alumbra la razón en un fondo recto.

Es cierto que se necesita el castigo, como dice el Papa en sus Encíclicas. Cuando no se castiga todo se desmoraliza. La nación se llena de malhechores y es una anarquía. La familia es una desgracia. Los padres son blandos con los hijos por no perder su cariño y les consienten todo, hasta las modas y los vicios; y luego, perdida la autoridad, pierden también el cariño y hacen desgraciados a sus hijos. La autoridad impone el orden y el bienestar. Si no se castiga todo va mal y todos descontentos; si hay autoridad, todo va bien, y todos estamos contentos, porque a todos gusta el orden y la justicia. Ha bastado una orden para que esas mismas mujeres ligeras y mundanas vistieran los uniformes de milicias o de enfermeras, modelo de decoro y de reca-

to; y se les ve orgullosas con esa indumentaria patriótica. Es preciso, pues, que esas mujeres sepan también seguir con disciplina y veneración las orientaciones y mandatos de la Iglesia, que manda en nombre de Dios.

Empieza el tiempo del calor; que no se crea que hay tiempo en que no obliga la moral austera y bella del cristiano.

¡Tilín, tilín...!

—¡Adelante...!

—¡Pasad, pasad...! no os atropelléis. ¿Quiénes son estos niños?

—Hemos hecho la primera Comunión y venimos...

—Me alegro mucho de veros. Sois las delicias de Jesús y también estoy seguro de que vosotros. Le queréis con todo vuestro corazón.

—Yo ahora comulgaré todos los domingos.

—Yo me pondré en los "Jueves", que ya me ha comprado la medalla mi mamá.

—Yo iré con mi mamá ahora todos los días a comulgar.

—Sí, hijos míos, sí. Me alegro mucho de que penséis en comulgar. Ese ha de ser vuestro anhelo y vuestra alegría. Dan pena esos niños y ¡esos padres! que ya creen que han hecho bastante con preparar a sus hijos para la primera Comunión y creen que se han quitado una carga cuando han comulgado; y luego... a seguir como antes o peor, hasta el año que viene. ¡Qué pena! ¡Qué ingratitud! ¡qué desconocimiento de Jesús!

La primera Comunión ha de ser el principio de una vida espiritual intensa. ¡Qué hermosura, los niños, con sus almitas candorosas alrededor de Jesús, tratándole familiarmente! Esa formación es la que hace esos cristianos limpios, delicados, firmes, de ambiente sobrenatural, algo celestial que pasa por la tierra como una ráfaga divina.

¡Hijos míos! quered mucho al Corazón de Jesús! no le deis ningún disgusto; no pequéis, y El os atraerá a su Corazón para alimentarlos con su Cuerpo y Sangre.

EL MAGO

Ecos del Sagrario

Hijo mío, oigo que me dices, como Samuel: ¡Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha!

Te hablo y me dices que no me oyes. Y son muchos los que están ante Mí como estatuas, sin enterarse de las palabras de vida que salen de mi Corazón.

¡Qué vida tan distinta sería la vuestra; qué ánimo tendrías para el trabajo, qué alegría espiritual os inundaría, qué serenidad!

J. ADELAC.

Una mirada a la Tierra

Energía condensada

En una de las últimas miradas, contemplábamos asombrados la energía almacenada por Dios en el aceite de piedra, en el petróleo, que ha estado ignorado durante tantos milenios, dormida su fuerza en las entrañas de la Tierra y fluyendo en manantiales, como ofreciéndose a la utilidad del hombre que ha sabido al fin ver su riqueza incalculable y aplicarlo a mil usos diversos para su comodidad y regalo.

La mirada atónita se explayaba en una diversidad fantástica y heterogénea que nos tentaba a pensar que el petróleo era una materia prima básica del mundo actual, creador de industrias y transformador de toda la vida moderna.

Pero en la extensa serie de productos, que integran el petróleo, merece que detengamos la vista un momento en uno de ellos, limpio, ligero, volátil, sin importancia al parecer y que es el más transcendental de todos los componentes del aceite de piedra: la gasolina.

Se le ha llamado *energía condensada* y es el que ha hecho posible y práctico el motor de explosión.

Ya el hombre usaba con gran perfección y provecho los motores térmicos de vapor; corrían los trenes por millares en todas direcciones y surcaban todos los mares millones de barcos, lujo y orgullo de nuestro tiempo. Se conocía también el motor de gas; pero la gran revolución industrial y económica la produjo el motor de gasolina. Entonces es cuando se logra la aspiración de un motor de gran potencia másica; es decir, de gran potencia y poco peso, y aun de poco volumen. Un motor que parece un juguete y desarrolla una fuerza enorme.

Con este motor parece iniciarse una nueva era maquinista o al menos agigantarse en términos insospechados la iniciada por el vapor y el carbón de piedra.

Desde que aparece el motor de gasolina se crean potentísimas industrias en afán incesante de perfección que lanzan en serie fabulosas cantidades de motores de todas clases y ruedan por los caminos los camiones de transporte y los autocars de viajeros. Los pueblecillos sembrados en la sierra o en los valles alejados del mundo urbano cambian su fisonomía y se les ve bullidores y rientes afluir a los autos de servicio en rápida comunicación con las grandes poblaciones, incorporándose a su ritmo vital, llevando sus productos y participando de su influencia, de sus gustos y hasta de sus modas. Los viajes se hacen por carretera en competencia con el tren, ya que una línea de auto-

buses exige sólo unos coches para su instalación.

El pequeño motor de explosión ha transformado la agricultura dotándola de agua fácil y barata sin las grandes construcciones hidráulicas; de tractores potentes que roturan sin fatiga el terreno; que accionan todas las máquinas del cultivo.

Pero en donde la transformación ha sido mayor es en el aire que aparece como una creación. La aeronáutica ha sido un hecho con el motor de gasolina y hemos podido gozar con empujando esos gigantes de más de 200 metros de longitud cruzar los aires llenos de majestad llevando a bordo hombre y carga en viajes de leyenda por encima de todos los países.

Y más aún ha sido su influencia en el aeroplano que todo lo debe al motor de gasolina. El aeroplano ha ido superándose y lleva en su vientre viajeros incesantemente con velocidades crecientes. En carretera son velocidades peligrosas las de 80 kilómetros; en el aire vuela el aeroplano normalmente a 100 y 200 kilómetros, y alcanza en algunos tipos la de 400 y han conseguido los "ases" pasar de 700!; más de triple que el huracán!

La actual guerra nos evidencia la nueva modalidad que le imprime el motor de gasolina. No entendemos siquiera la guerra moderna sin esos transportes de centenares, de miles de camiones que desplazan en un momento enormes masas de hombres, con todo el material bélico, sanitario y de aprovisionamiento, con rapidez increíble y precisión matemática.

Y no podríamos tampoco pensar en una acción cualquiera sin la intervención del avión que transporte a jefes y órdenes, que vigila, saca fotografías e informa; sin el avión de bombardeo, sin el caza agilísimo que protege y defiende.

¡Cuánta energía acumulada en poco de líquido incoloro!

JUAN DE LA CRUZ

Para vacaciones.

Para el campo.

Para el descanso.

LECTURAS AMENAS.
LECTURAS PIADOSAS.
LECTURAS EDIFICANTES.

La Eucaristía y la Comunión diaria; por el M. I. Sr. D. Juan Buj. 2 pesetas.

La Bruja Blanca; por el M. I. Sr. D. Juan Buj. 2'50 pesetas.

Desde mi Cartuja y Desde mi Tebaida; por Nardo.

Memorias de un socialista; por Julio Ascanio. 5.ª edición. 0'60 pesetas.

Las aventuras del Diablo; por Julio Ascanio, con inspiradas ilustraciones. 2 ptas.

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pilar 10—Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRICION			
De	1	ejemplar de cada	numero, al año.
2	"	"	2'00
3	"	"	3'00
4	"	"	3'75
5	"	"	1'50
10	"	"	5'00
15	"	"	10'00
20	"	"	12'50
25	"	"	15'00
30	"	"	16'50
50	"	"	18'00
100	"	"	26'00
			45'00

ADVERTENCIA
IMPORTANTE

Las circunstancias actuales nos han obligado a suprimir un número de EL ECO DE LA CRUZ, convirtiéndolo en mensual.

NO APARECERA, PUES, MAS QUE EL PRIMER VIERNES DE CADA MES.

Claro es que esto solamente hasta que cambien las circunstancias, y por tanto, será por poco tiempo.

Sabemos el interés con que nuestros lectores esperan y leen EL ECO... y les quedamos muy agradecidos por sus palabras bondadosas y de aliento. Ya pueden comprender que para nosotros es un sacrificio penoso esta determinación que hemos tomado bien contra nuestra voluntad.

Al mismo tiempo damos las gracias a todos los

Suscriptores que atendiendo nuestro deseo, nos han enviado el pago de su suscripción con sobreprecio.

Doña Dominica Chueca, Buñuel; Superiora de la Casa de Salud de Santa Agueda; Rvdo. D. Mariano Ladaga, Pbro., Magallón; Srta. María Aznárez, Rivas; D. Sebastián Jiménez, Pbro, Villahermosa; don Cosme Iriarte, Mañeru; Superiora del Colegio del Pilar, Vitigudino.

Biblioteca de EL ECO DE LA CRUZ

OBRAS PUBLICADAS

"La Bruja Blanca". Obra premiada en el concurso Villahermosa-Guadalupe. 5.ª edición. Las dos partes en un solo volumen. 2'50 ptas.

"Las Aventuras del Diablo", por Julio Ascanio, con muchos grabados geniales. 2 ptas.

"Memorias de un socialista", por Julio Ascanio. 5.ª edición. 0'60 ptas.

"La Araña o la Casa del crimen", novelita social de gran interés, por Julio Ascanio, 0'75 ptas. (Agotado).

"El hombre misterioso", por Julio Ascanio, 0'50 ptas. (Agotado).

"El Mago". Tomo 1.º (Agotado).

"El Mago". Tomos 2.º, 3.º y 4.º, con 200 páginas y cartas de Macario. 2 ptas. cada uno.

"Pensamientos Eucarísticos", por M. de Santa Catalina. 1'50 ptas., en rústica.

"El hogar en cenizas", por D. Rafael Pamplona. 150 páginas, 2 ptas.

"Desde mi Cartuja y mi Tebaida", por Nardo, con inspiradísimos grabados, 4 ptas.

"Dos Vocaciones", por Marina, 2 pesetas. (Agotado).

"La Sombra de Jesús". Leyenda histórica, por D. Rafael Pamplona, 0'50 ptas.

"EL ECO DE LA CRUZ" es un periódico de propaganda en la Parroquia, Fábricas, Conferencias, Patronatos, etc.